

más, y que enseñaron á su siglo de las masas el concepto de «hombre superior»...

Los alemanes amigos de Wagner bien harían en examinar concienzudamente si en el arte wagneriano es todo alemán, ó si precisamente su gloria sea el haberse inspirado en fuentes superalemanas; y no olviden el hecho de que para el perfeccionamiento de su tipo fué indispensable París, que le llamó y le atrajo imperiosamente en el momento más decisivo, y toda su manera de presentarse, todo su auto-apostolado no pudieron perfeccionarse sino por el socialismo francés. Y si profundizamos más, veremos—y esto redundará en honor del germanismo de Wagner—cómo se mostró más vigoroso, audaz y elevado, y menos escrupuloso, de cuanto pueda serlo un francés del siglo XIX; lo cual se debe á que nosotros, los alemanes, estamos más cercanos de la barbarie que los franceses. Quizá lo más singular de lo que Wagner ha creado, será siempre inaccesible é incomprensible para toda la raza latina: la figura de *Siegfried*, de este hombre *muy libre*, demasiado libre, demasiado rudo, alegre y sano, demasiado anticatólico para que guste á los pueblos que se glorían de una civilización antigua y decrepita. Podrá significar un pecado contra el romanticismo este *Siegfried*; pero ya expió Wagner su pecado, cuando en su ancianidad—quizá por gusto, quizá por política—comenzó con su habitual vehemencia religiosa á predicar la *peregrinación á Roma*.

CAPITULO IX

QUÉ COSA ES LO ARISTOCRÁTICO

257. Toda nueva elevación del tipo «hombre» fué hasta el día de hoy obra de una sociedad aristocrática, y así será siempre: será siempre debida á una sociedad que tenga fe en la necesidad de una larga escala jerárquica y de una profunda diferencia del valor de hombre á hombre, y que para llegar á su fin necesite de la esclavitud bajo una ú otra forma. Sin el «*pathos*» de la distancia que nace de la encarnada diferencia de clases, y del constante mirar alrededor de sí y debajo de sí, y del constante ejercicio del mandar y del tener á los demás oprimidos y lejanos, no sería posible el otro misterioso «*pathos*», el deseo de ampliar las distancias dentro del alma misma, el desarrollo de estados anímicos, cada vez más elevados, más varios y lejanos, más amplios, en dirección á alturas ignoradas; en una palabra: la elevación del tipo hombre, el incesante triunfo del hombre sobre sí mismo (para emplear en sentido supermoral una fórmula moral). Y no hay que hacerse ilusiones humanitarias acerca del origen de una sociedad aristocrática (y, por tanto, acerca de la elevación del «tipo hombre»); la verdad es dura. Digamos, sin ambages, cómo comenzó siempre en la tierra toda civilización elevada.

Hombres de naturaleza primitiva, bárbaros en el más terrible sentido de la palabra, hombres de ra-

piña, con indómita fuerza de voluntad, con ardiente deseo de dominar, se precipitan sobre las razas más débiles, más civilizadas, que se ocupan quizá en el comercio ó en el pastoreo, ó quizá sobre otras civilizaciones decrepitas que gastan las últimas energías de la vida en espléndidos fuegos artificiales del espíritu y de la corrupción. La casta aristocrática fué siempre en sus comienzos la raza bárbara; y su preponderancia debe buscarse, no en la fuerza física, sino en la fuerza del ánimo: eran hombres más completos (bestias más completas).

258. La corrupción, indicio manifiesto de que la anarquía amenaza á los instintos, de que el edificio fundamental de las emociones que se llama «vida» ha sido conmovido, es diversa, según el organismo en que se manifiesta. Por ejemplo, si una aristocracia, como la de Francia al principio de la revolución, renuncia con náusea sublime á sus privilegios y se sacrifica á sí misma en aras de su exagerado sentido moral, esto es una corrupción; es el último acto de una corrupción secular (habiendo renunciado á sus prerrogativas feudales para ser funcionarios del rey, y por último, mejores adornos de la corte). Lo esencial en una buena aristocracia es que se tenga á sí misma, no por una *función* real ni social, sino como íntimo significado y alta justificación de estas instituciones, y que por eso acoja con tranquilidad de conciencia el sacrificio de innumerables individuos, los cuales por ella deban reducirse á la condición de hombres incompletos, de esclavos, de instrumentos. Su *credo* fundamental debe compendiarse en el principio de que la sociedad no debe existir para la sociedad misma, sino como base, pedestal y sostén, de una especie de selección de hom-

bres que puedan realizar sus altos destinos y vivir con vida más elevada; á semejanza de aquellas trepadoras sedientas de sol, que se hallan en la isla de Java— el *Sipo Matador*—y que se adhieren á la encina para subirse por encima y desplegar á la espléndida luz del sol la pompa de sus flores mostrando así al mundo su felicidad.

259. El abstenerse recíprocamente de toda ofensa, de toda violencia y de toda explotación; el equiparar la voluntad propia á la de otro; esto puede ser una buena costumbre entre los individuos en ciertas circunstancias (es decir, como cuando hay equilibrio aproximado de fuerzas y de medidas). Pero si se quiere extender este principio y considerarlo como principio fundamental de la sociedad, se revela como lo que es, como negación de la vida, como principio de disolución y de decadencia.

Aquí conviene ahondar en el pensamiento y dejar aparte todo sentimentalismo: la vida es esencialmente una apropiación, una violación, un enseñoreamiento de todo lo que es extraño y débil; significa opresión, rigor, imposición de las propias formas, asimilación, en una palabra, explotación. Mas ¿por qué hemos de emplear estas palabras en las cuales se ha injertado desde los tiempos más remotos una intención calumniosa?

Del mismo modo, una corporación sana y viva debe absorber á los demás cuerpos, mientras que sus componentes se tratan con respeto recíproco: querrá dominar, crecer, dilatarse, atraer, conquistar, no porque esto sea bueno ó malo, sino porque ella vive y la vida es voluntad de dominio.

Mas en este punto la conciencia de los europeos

está llena de preocupaciones: aun los doctos se prometen un futuro estado social que no tenga carácter de explotación; lo cual me parece, como si se quisiera inventar una vida que no tuviera funciones orgánicas. La explotación es para nosotros indicio de sociedad corrompida, imperfecta y primitiva; es parte esencial de todo lo que vive, es una función orgánica, consiguiente á la voluntad del dominio que no es sino la voluntad de vivir. Esto, como teoría, podrá ser cosa nueva; pero en realidad es el hecho substancial primitivo de toda historia: tengamos á lo menos el valor de confesarlo.

260. En mi peregrinación á través de los sistemas de moral más refinados ó más groseros, he observado la repetición y la conexión de ciertos rasgos característicos, y he llegado á descubrir los tipos fundamentales y una diferencia fundamental. Hay la moral de los *amos* y la moral de los *esclavos*, y en las civilizaciones más elevadas y cruzadas hállanse tentativas de conciliación entre ambos sistemas, y más frecuentemente una confusión de los mismos, efecto de reciprocas equivocaciones; y aún á veces coexiste un sistema junto al otro: y todo esto se halla también en los individuos, dentro de una alma.

Las distinciones morales de los valores tuvieron origen ó bien de una clase dominadora que era consciente de su superioridad, ó bien de una clase dominada, de los esclavos y dependientes. En el primer caso, es decir, cuando los dominadores son los que determinan el concepto «bueno», los estados soberanamente elevados del alma serán decisivos al determinar los títulos de distinción y al clasificarlos. El aristócrata tiene lejos de sí á los seres en que se manifiestan los estados opuestos de alma; los desprecia. Ob-

sérvese que en este primer género de moral, las palabras «bueno» «malo», significan «aristocrático» y «despreciable»; la contraposición «bien» y «mal» tiene otro origen. Se desprecia al cobarde, al miedoso, al pedante, al que no piensa más que en sus inmediatas ventajas, al desconfiado, cuya mirada no es la de un hombre libre, al que se humilla, á la especie *canis* del hombre que soporta cualquier tratamiento, al adulator que mendiga una limosna, y más que todos al embustero: es una creencia fundamental de todos los aristócratas que el pueblo bajo sea embustero.

«Nosotros verídicos» se llamaban á sí mismos los nobles de la Grecia antigua. Es claro que las indicaciones de los valores antiguos se aplicaron primeramente á las personas y después por derivación á las acciones; por lo cual cometen un grosero error aquellos historiadores de la moral que parten de ciertas preguntas como esta: «¿por qué el acto de compasión fué alabado?» La raza aristocrática sabe que es determinante de los valores y no siente la necesidad de ser aprobada ó alabada; juzga ser dañado en sí mismo aquello que le daña; siente ser ella quien da precio á las cosas, quien crea los valores. Es la moral de la exaltación de sí mismo. En ella predominan los sentimientos de prosperidad, de poderío, la felicidad de alta tensión, la conciencia de una riqueza que rebosa y se da; el hombre aristocrático socorre al desgraciado, pero no siempre por compasión, sino por un estímulo que le viene del exceso de su poderío. El hombre aristócrata respeta en sí mismo al poder, siente respeto por todos los rigores. «Un corazón duro púsome Odino en el pecho», se dice en una antigua saga escandinava; palabras que brotaron del alma de algún soberbio Wiking.

¡Hombres de tal especie no han nacido para la compasión! El héroe de la saga añade: «El que de joven nunca tuvo duro el corazón, jamás le tendrá.» Los hombres aristócratas y valientes que de tal modo piensan, están muy lejos de aquella moral que ve en la compasión y en el desinterés el distintivo de la honestidad; la fe en sí mismos, el orgullo de sí mismos, una aversión ingénita é irónica caracteriza á la moral aristocrática, así como también un ligero desprecio hacia todo sentimentalismo.

Los poderosos son aquellos que *saben* respetar; esta es su arte, su prerrogativa. La profunda veneración á la antigüedad y al origen (que es la base de todos sus derechos), la fe y preocupación en favor de los antepasados y en odio á los que provienen del pueblo, es típico en la moral de los poderosos; los hombres de las «ideas modernas» que creen instintivamente en el «progreso» y en el «porvenir», y que van siempre perdiendo el respeto á la antigüedad, revelan con esto el origen vulgar y plebeyo de sus «ideas». Pero la mayor diferencia entre aquella moral y la moderna consiste en que no reconocían derechos á los inferiores; creen que con ellos puede obrarse «como inspire el corazón», y, por tanto, «más allá del bien y del mal.» Un agradecimiento y una venganza perdurables—entre sí, por supuesto—un exceso de crueldad al vengarse, la delicadeza del concepto de la amistad, la necesidad de tener enemigos (para desfogar los sentimientos de envidia, de rivalidad, de insolencia; y en el fondo, para poder ser buenos *amigos*), todos estos son caracteres típicos de la moral aristocrática, la cual difícilmente puede ser comprendida y sentida por las «ideas modernas».

Cosa muy diversa es la moral de los esclavos. Su-

pongamos que los injuriados, los oprimidos, los desgraciados, los esclavos, los descontentos, los fatigados, se pongan á moralizar; ¿cuáles serán sus apreciaciones morales?

Probablemente se manifestará en ellos una desconfianza pesimista contra la situación del hombre en general. El esclavo mira con torvos ojos las virtudes del poderoso, es escéptico y suspicaz y extremadamente desconfiado contra todo lo que los poderosos tienen por «bueno»; quiere engañarse á sí mismo creyendo que la felicidad de aquéllos no es verdadera. Por el contrario, hará resaltar y brillar las virtudes que sirven para hacer soportable la existencia á los desgraciados; y así honrará la piedad, la mano benéfica, el corazón generoso, la paciencia, la asiduidad, la afaibilidad, porque éstas son virtudes útiles y representan el único medio de soportar la opresión de la vida.

La moral de los esclavos es esencialmente utilitaria. Aquí es donde tuvo origen la contraposición «bien» «mal»; el mal se atribuye instintivamente cierto poderío, algo de peligroso, de terrible, de refinado, una fuerza nada despreciable. Según la moral de los esclavos, el mal inspira «terror»; mientras que en la moral de los aristócratas el «bien» inspira terror y el «mal» es despreciable. La oposición llega á su ápice, cuando por inevitable consecuencia de la moral servil, se tributa á los buenos cierto desprecio, aunque ligero y benévolo, porque se los tiene por individuos inocentes, bonachones, fáciles de engañar, algo tontos. Dondequiera que la moral servil predomina, la lengua se inclina á hacer de la palabra «bueno» un sinónimo de «tonto».

Otra diferencia fundamental: el vivo deseo de la libertad, el instinto de la felicidad en la libertad, per-